

Objetivos culturales para el docente cristiano

por

Dr. Calvin Seerveld

Traducción de Norberto E. Wolf

Copyright © 1981, 1999, 2010

PRIMERA PARTE
CAMPO DE ACCION: EL MUNDO ES DE MI DIOS

Para dar comienzo a esta reflexión sobre los Objetivos culturales para el docente cristiano, miremos el Salmo 148:

¡Aleluya Jehová!
¡Aleluyas a Jehová que descienden del cielo y regresan allí!
¡Ángeles todos, vosotros ángeles veteranos, cantad le. aleluya!
¡Sol y luna, cantad le aleluya!
¡Toda estrella que fulgure cántele aleluya!
¡Insondable confín del cielo y ocultos abismos del océano, cantad le aleluya!
Todos cantarán aleluya al nombre del Señor,
porque él lo ordenó y ellos fueron creados.
Él los estableció para siempre.
Él les fijó una ordenanza que ellos no transgreden.
¡Cante aleluya a Jehová toda grieta de la tierra!
Vosotros todos, dragones, vorágines y fuegos ardientes, granizo, nieve y humo,
viento unido a la tempestad que brama, en la cual él habla.
Vosotras, montañas y pequeñas colinas por doquier, todos los animales salvajes, todos los
animales domésticos.
Vosotras, sierpes y aves aladas:
¡cantad aleluya al nombre del Señor!
Gobernantes y jueces de la tierra, naciones todas, vosotros jóvenes y vosotras doncellas,
los ancianos de gris cabellera y los niños todos:
¡cantad aleluya al nombre de Jehová!
porque sólo su nombre ha de ser alabado.
Su gloria se remonta por sobre la tierra y el mismo cielo.
El Señor Dios sustentará con su hombro la debilidad de su pueblo, asentará bases de
alabanza para todos sus fieles, para los hijos de Israel, el pueblo que se mantiene junto a él.
¡Aleluya! ¡Jehová!

Este Salmo va a la médula de lo que queremos decir. Todo hombre, en especial aquél que desea mantenerse junto a él, se encuentra bajo el imperativo de la Palabra de Dios que ordena unirse al coro de ángeles, dragones Y gigantescas grietas de la tierra, de unirse a toda la creación para dar loor a Dios. Todo ser humano, ya sea joven, viejo o niño, en su cultivo del mundo, está bajo el imperativo de dar aleluyas a Jehová, Creador del cielo y de la tierra.

A. El estado de la creación

La frase que cantamos: "El mundo es de mi Dios", no constituye simplemente un refrán piadoso que nos invita a aletargarnos. Se trata en realidad de una revelación (Salmo 24:1) que precisa la escena y la dinámica de toda la historia y la vida humana. La respuesta litúrgica: *Credo in Deum Patrem omnipotentem creatorem coeli et terrae*, establece lo que la Biblia nos manda creer (afirmación no sujeta a argumento o constatación), que el mundo

donde todo hombre y mujer desempeña su papel es la creación del Padre *pantokrator* de Jesucristo.

1. *Todo lo creado es temporal, limitado por el tiempo.*

Esta realidad -la creación- nos abre los ojos y nos hace ver la situación humana. El temible e imponente significado de la creación es que todo lo creado tiene límite, que está sujeto por Dios a la medida del tiempo. El tiempo define el ser de las criaturas, la naturaleza del ente creado. El tiempo es aquello a lo que todas las cosas están sujetas, por lo cual están limitadas. El tiempo es, en suma, el "ingrediente" básico del universo, lo que hace que "toda carne sea hierba" cronometrada. Este límite pone al descubierto la autoinsuficiencia esencial de la creación y su total dependencia del Creador.

La totalidad de la creación está sujeta a los límites del tiempo: los cielos, la tierra, el mar profundo, el viento tempestuoso, los animales, los hombres y los ángeles. Esto significa que todo está confinado, que todo sigue un orden y una estructura establecidos por las ineludibles disposiciones de Dios, que las cosas están sujetas al carácter secuencial pasado-presente-futuro del orden cósmico que Dios fijó. Este tiempo-del-mundo, esta duración temporal dispuesta por Dios, no consiste de una serie predeterminada de eventos que cuentan con el "visto bueno" divino, sino que consiste en las formas o moldes instituidos por Dios, dentro de los cuales las cosas mantienen su ritmo y su funcionamiento.

Ser creado significa perdurar durante cierto tiempo en formas determinadas que están bajo el cuidado directo de Dios. El hecho de que los animales machos sean diferentes de las hembras, que las emociones y pensamientos tengan procesos distintos, que el viento pueda ser puesto en función útil, o sea, que la creación haya sido establecida dentro de maneras identificables, variantes y específicas, que tenga un arreglo fijo para su desarrollo concreto, tal es lo que podemos reconocer como su naturaleza ordenada y temporal.

Es así que el carácter pasado-presente-futuro de nuestro orden temporal no es un mero "antes y después" medido según la marcha del solo de las estrellas, sino que es una duración orientada hacia el *escatón*, una duración irrepetible que se caracteriza por el "sólo una vez" de todas las cosas, en las cuales la secuencia pasado-presente-futuro reactualiza constantemente su naturaleza trinitaria.

La realidad de que las rocas envejecen, que las aves crecen, que el hombre y la mujer maduran y son físicamente jóvenes sólo una vez, solteros sólo una vez (por tan breve tiempo hoy en día), moralmente ingenuos sólo una vez (en esto radica el dolor del pecado del cual uno se ha arrepentido), en fin, la realidad de que las criaturas viven, se mueven y tienen su significación estructurada dentro de un desenvolvimiento que se caracteriza por el inescapable "sólo una vez", todo eso constituye su temporalidad.

Conviene asimismo tomar nota de algo que tal vez ya se da por sentado, pero que tiene mayúsculas consecuencias filosóficas, aun para nuestro tema, a saber, que lo que Dios ha creado son varias clases de cosas definidas, concretas. Tomando nuestra pista de las Escrituras, podríamos decir que Dios no creó "materia", "espíritu", "razón", "substancia", "cualidades" o cosas parecidas. Lo que Dios si creó fue distintas clases de cosas individuales: tierra, hierba, aves, peces, hombre y mujer. Ser creado (es decir, ser

inextricablemente temporal) significa ser una cosa irreductible y diferente a las demás cosas, algo definido e individual, una creación que se puede identificar entre otras creaciones comparables. Toda cosa creada tiene de suyo una identidad permanente de un determinado tipo, cuya singularidad es establecida y mantenida sólo por el fiat del Dios Todopoderoso. La individualidad depende, así, en forma absoluta del Logos creador-sustentador de Dios. Es con esta atención tan íntima por los cabellos de nuestra cabeza, por los vasos de agua "dados en su nombre" y por las aves del cielo, como el Creador Todopoderoso se ocupa de sus criaturas.

Todo lo creado es "así y así". Ninguna cosa individual simplemente "es". Cada cosa opera dentro de carriles mutuamente irreductibles. Por ejemplo, un hombre es gordo, triste, huraño, pobre, de cuarenta años de edad y miembro de determinada iglesia (el ser lo uno no implica ser lo otro). Estas múltiples y diversas formas en que como criatura individual puede funcionar son los "momentos" ordenados por Dios, la duración establecida, el tiempo que de modo constante y total condiciona, delimita, define toda cosa creada.

2. *El Dios eterno va cumpliendo personalmente su voluntad en el ámbito del tiempo.*

A diferencia de lo que sucede con la creación, el Dios Creador no está limitado por el tiempo: Jehová es el Alfa y Omega, ¡el Único Eterno y Divino! Toda forma de hablar acerca de Dios que recurre a categorías temporales peca de ser especulación intelectualista fuera de cauce. ¿Quiere decir esto que Dios es el a-temporal? Aclaremos este punto: Dios no está ni en el tiempo (*in tempore*, con una historia propia), ni fuera del tiempo (*ex tempore*, ajeno al mismo). Dios es el Señor y el Amo del tiempo. Él tiene la creación temporal en la palma de su mano. Esto quiere decir que la relación que Dios guarda con el ámbito de permanencia establecida, donde lo creado se mueve, es la relación de *kairos*, de fijador y culminador del tiempo. Dios no llena el tiempo en forma óptica, así como el agua lo hace con una esponja (inmanencia panteísta, véase *Las Confesiones* de San Agustín), ni penetra el tiempo sólo en forma *potens*-cial (trascendencia deísta con ocasionalismo). Dios dio comienzo al tiempo, lo ha santificado y lo perfeccionará. Fue sólo en Jesucristo que Dios entró en el tiempo, así como nosotros lo hacemos. Cristo estaba sujeto a la ordenación creacional y era a la vez su Señor incontrovertible. Él pudo ser adormecido por el incesante movimiento de la barca en el mar de Galilea y, sin embargo, ser capaz de ponerse de pie y exclamar: "¡Calla! ¡Enmudece!" Ni Dios el Padre, ni el Hijo, ni el Espíritu Santo se encuentran en el tiempo. La única forma en que Él, el Trino Dios, participa del tiempo es aquella en la que Él dispone del tiempo, toma tiempo para sus creyentes-electos, realiza el tiempo continuamente, activando, así, la redención humana del tiempo.

Usemos otras palabras: "¡Jehová!", según lo expresa Éxodo, "...es el Dios misericordioso y lleno de gracia, tardo para la ira y grande en amor y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado, que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación" (Exodo 34:6-7). El es "el Dios viviente", le dice Pablo a Timoteo, "...el Salvador de todos los hombres, mayormente de los que creen" (1 Timoteo 4:10). Este Dios, que en su eternidad peculiar gobierna en forma personal el tiempo, provee, de un modo incomprensible para la mente humana, el molde y el curso de la creación, de todas sus criaturas y creaciones. Su impactante y misericordioso cuidado que los teólogos reformados llaman Providencia, no debe caer en la especulación

de ser considerado como una *sub specie aeternitatis*, algo así como una supercomputadora allá en lo alto. Lo que debe hacerse es mantener el reconfortante (ver Confesión Belga XIII) y a la vez exigente foco bíblico del Creador, revelada en Jesucristo, que en forma pausada va haciendo cumplir su voluntad por medio de la creación: Dios del Pacto que es especialmente celoso del amor de su pueblo.

3. *Todos los hombres son portadores de la imagen de Dios.*

Nosotros, hombres y mujeres (seamos o no maestros), como criaturas temporales, individuales, delimitadas por el cosmos, gozamos de una naturaleza especial ante los ojos de aquél que es Todopoderoso y Eterno. El hombre, afirma la Biblia, fue hecho en forma única a la imagen de Dios (Génesis 1:26-28). Esto ya lo sabemos, pero debemos aclarar que tal concepto no hay que interpretarlo como que si el hombre es, de alguna manera, como Dios. No le corresponde al hombre ser como Dios, similar o una imitación. El hombre no es divino de modo alguno. El hombre nunca se pareció, ni se parecerá, ni debe tratar de parecerse a Dios. No hay posibilidad de reflejarlo, calcarlo o imitarlo. Tampoco puede hacer de sí mismo una imagen representativa de Dios, tal acto sería impiedad, una verdadera blasfemia. El hombre no es una impresión grabada de Dios, sólo Cristo es la imagen "estampada". El hombre está hecho a imagen de Dios ("Hagamos al hombre a nuestra imagen"). Esto quiere decir que el hombre, en su aspecto estructural, es creado diferente al resto de las criaturas, que lleva en forma única el sello "Industria Divina" o "Hecho en el Cielo" (como en "Hecho en Japón", por ejemplo). El hombre no puede evitar llevar en sí mismo el sentido de su origen divino, el depender de algún absoluto. Como ser religioso, consciente o no de sí mismo, adora y teme bajo la pavorosa Orden-Ley divina. El "ser" de la criatura humana es *ex-istente*. auto-enfocable. y todo lo que hace o intenta hacer guarda una referencia intrínseca con el verdadero o con algún significado de estar hecho a la falso origen absoluto. Este es el significado de estar hecho a la imagen de Dios. Esta peculiaridad estructural permanece intacta y no es aniquilada por el pecado. Los incrédulos traicionan la *imago Dei* transformándola en *simulacrum Dei*: falsificación desasosegada que los lleva a su propio aturdimiento y eventual perdición. Los creyentes, en cambio, aun siendo santos que pecan, dan testimonio de su naturaleza religiosa, se glorían en ella, reflejando y dando a conocer la gloria de Dios.

Pero el asunto se vuelve más ofensivo por su radicalidad, cuando hablamos del hombre religioso en las manos del celoso Dios Creador. Esta perspectiva le da a nuestra existencia como maestros una dimensión viva o muerta, significativa misma en estado de embarazo, preñez o vana, y pone a la creación que debe dar a luz honor y prisa (si no urgencia) que es existencial del hombre es algo alabanza. Hay en todo esto una cierta excitante, ya que el verdadero tiempo dado por Dios. Todo el tiempo que vivimos es tiempo prestado. Cada persona ha recibido determinada cantidad de tiempo, y al fin del mismo tendrá que pagar con creces la cuenta. Es en este sobrecogedor sentido en que se puede afirmar que el mundo, la creación, las criaturas, los hombres y las mujeres están hechos de tiempo. No queremos decir que una cosa individual se disuelva transformándose en tiempo, lo que sostenemos es que todo individuo creado es definido por el tiempo. Cuando alguien da de su tiempo a otra persona y lo hace de corazón, se da a sí mismo. El tiempo del cual disponemos es algo precioso: amar es pasar nuestro tiempo junto con alguien.

4, Dios ha dado el tiempo a los hombres para que lo rediman.

El tiempo de todos los hombres y de todas las cosas' es ahora *Anno Domine*. Nos encontramos, en los "días postreros" (*post mortem et resurrectionem Christi*), lo que quiere decir que nuestro eón, nuestro "siglo", según la Biblia, es la era del domingo. Cualquiera que sostenga que nuestro tiempo puede ser definido por el sábado (los judíos), o por la simple secuencia pagana de siete días (trátese de chinos rojos o de estadounidenses secularizados), está simplemente atrasado y es culpable por estar "fuera de época". Esta era neotestamentaria, este tiempo presente que nos es concedido y que fue preparado y anticipado en el Antiguo Testamento, participa de una naturaleza tal que admite dentro de sí a la eternidad, al "siglo venidero", al eón futuro de gloria. ¡La eternidad ya comenzó y ha penetrado en el tiempo! La eternidad no es un estado independiente del tiempo, algo extratemporal (Platón), tampoco tiempo pro-longado (Aristóteles y astrología oriental), ni siquiera una condición supranatural (Tomás de Aquino). La eternidad es tiempo tocado por el Dios Eterno, por el Señor del tiempo. Esto significa que es una duración ordenada por Dios, una duración que ha sido glorificada, redimida y perfeccionada por la eliminación del pecado.

Todos los hombres están bajo el imperativo de redimir su tiempo, de estar al día con la utilización del tiempo que les ha sido prestado y de permanecer a la espera del Día Final, cuando el Señor Eterno, con un golpe maestro, culminará esta redención del tiempo Y hará que llegue la eternidad en su plenitud. Sólo los hombres asidos por el Espíritu Santo están ahorrando y traficando con su tiempo en forma permanente a favor de Cristo. Los incrédulos están desperdiciando este eón, perdiéndolo por su pereza, "escondiéndolo en la tierra" (Lucas 25:18), inutilizándolo con sus afanes, despilfarrándolo en sí mismos con vanidades. En aquel día (*escatón*) la redención final acabará con el tiempo lleno de pecado (malgastado por criaturas caldas de la gracia), sin que el tiempo mismo termine o se desintegre. En aquel día, el tiempo que fue hecho bueno y santificado por la entrada de Jesucristo al mundo, asumirá su "tiempo perfecto", su plenitud. Entonces surgirá un mundo respecto al cual la Escritura dice muy poco, fuera de aclarar que será de una gloria inimaginable.

Ser creado, lo volvemos a repetir, significa estar limitado por el tiempo y depender en forma absoluta de la Palabra salida de la boca de Dios. Como criaturas humanas implica, además, irnos proyectando junto con toda la creación, "que gime a una, y a una está con dolores de parto", hacia el Día Final (Romanos 8:19-23), permaneciendo siempre bajo el mandato del Señor de que cooperemos en el advenimiento de su Reino, en la redención y en la reconciliación de todas las cosas consigo mismo que él realiza por medio de Cristo Jesús (Colosenses 1:20), en lugar de andar pecaminosa y perezosamente arrastrando los pies. Esto nos lleva a la consideración de un término formidable, casi abrumador, como lo es "cultura".

B. La cultura como cultivo humano del mundo de Dios

Cuando Dios dijo al hombre y a la mujer, antes de que pecasen, "den fruto, maduren, habiten la tierra, dominen y controlen los peces del mar, las aves de los cielos y toda cosa viviente que pulula sobre la faz de la tierra", no se estaba limitando a sugerirle a Adán y a Eva que durmiesen juntos, que criaran una familia numerosa y que se ocupasen de que sus

hijos fueran pescadores, agricultores y criadores de aves. "Fructifiquen y multiplíquense" puede incluir la satisfacción gloriosa de tener hijos (¿hay aquí acaso un enjuiciamiento de aquéllos que permanecen solteros?), pero la verdad es que esta fórmula de Génesis 1:28 se combina con la revelación de Génesis 2:15, en la que se afirma que Jehová tomó al hombre y en forma deliberada lo puso en el jardín para que lo cultivara y lo cuidase. La intención de este mandato es dignificar al hombre como vicegerente que goza de la confianza del Señor y recordar le que está a cargo de la totalidad del cosmos. Dicho mandato tiene en realidad un alcance tan global que le hace merecedor del título de "mandato cultural". "Cultiven el jardín de Edén aún más" significa que, incluso antes del pecado, Dios esperaba que esta elaborable creación ("elaborable" es lo mismo que temporal, estructurada por Dios para permitir un desarrollo progresivo y multifacético) estuviese bajo el cuidado del hombre y fuera adornada, moldeada y culturizada por éste. Desde el principio mismo la creación fue hecha para ser extendida, "des-cubierta" y atentamente plasmada, edificada por el hombre hasta el advenimiento de "aquel día". Es así como Adán se puso a trabajar inmediatamente y comenzó a dar nombre a los animales.

1. Dios ha bendecido al hombre con el mandato (¡su derecho congénito!) de explotar las posibilidades de la creación.

Cuando Dios dijo: "den fruto, expáandase, civilicen mis cielos, mi mar y mi tierra", su Palabra no fue algo así como una invitación exhortatoria ("quedamos a la espera de su respuesta"), ni fue tampoco una orden prohibitiva, severa y gravosa. La Palabra de Dios, como siempre, fue un mandamiento benevolente y portador de bendición, de vida plena y abundante para quien lo obedezca. Debemos aferrarnos a la verdad bíblica que dice que el mandato cultural primigenio dado al Adán-representante, y luego repetido a Noé (Génesis 9:1), no fue ni es una imposición sobre la vida humana, sino un llamado divino extendido al hombre, para que activara esa dimensión que le impele a dominar el mundo de Dios en alabanza a su nombre. Esta empresa es pura alegría, lo que quiere decir que el imperativo de rendir alabanzas es proclamado continuamente en las Escrituras. Al hacer un enfoque específico del hombre en el "mandato cultural", descubrimos el privilegio particular (primogenitura cósmica) concedido a éste por el Creador. La actividad cultural, ese ir develando, intencional y conscientemente, las posibilidades de la creación con vistas a que las generaciones futuras la lleven a una cima más alta, constituye el carácter peculiar del humano, peculiaridad intrínseca de dar alabanzas a Jehová. La cultura no es, por lo tanto, algo que el hombre puede alcanzar por su propio esfuerzo. Se trata más bien de un canal de adoración propio de la naturaleza humana y de una actividad en la cual el hombre se encuentra inextricablemente comprometido, presidiendo como delegado de Dios el resto de la formación y desarrollo de la creación. Esta es una tarea que involucra tanto al humilde arrancador de yuyos en un campo de cebollas, como a un Bernstein plasmando sus composiciones sonoras.

2. El pecado del hombre pervierte en forma radical sus hechos.

Lo que echa a perder esta oportunidad pletórica de responsabilidad, esta oportunidad de dar fruto de un modo aceptable a Dios, es una realidad que resumimos en ocho letras: el pecado. Como sabemos, el pecado es algo privativo del hombre. Los animales, las plantas y las piedras no pecan, ya que su tipo de existencia carece de esa relación estructural con Dios que conocemos como religión, relación que define al hombre. Esto nos hace ver que el pecado no es un cierto bestialismo o brutalidad animal residente en los hombres que deba

ser superada racionalmente, tampoco es algún control demoníaco y maléfico que opera sobre la naturaleza humana. A partir de la caída de Adán el pecado es una condición humana congénita que consiste en que el hombre se encuentra existencialmente ligado a, y confiado en, alguna otra cosa que no es el verdadero Dios. El pecado no tiene su causa en nuestra temporalidad: ser creado no implica de por sí ser malo. No es tampoco un algo pasajero, un gesto en contra de la voluntad de Dios, haciendo o dejando de hacer ciertas cosas. El pecado no es substancialmente un asunto de inmoralidad, ignorancia, demencia, ni siquiera de "descreimiento" confesional. El pecado es esa orientación de la *vida* por la cual el hombre, como ser religioso, decide con "toda el alma" replegarse sobre sí mismo (orgullo). El intento de arraigarse en la creación general o en sí mismo (idolatría), aun cuando ambas cosas le estén prohibidas, le llevan a usurpar las prerrogativas de Dios, de ser el único y legítimo Origen Absoluto. Ya sea por ignorancia o por buenas intenciones ("el camino al infierno está empedrado con buenas intenciones"), quien no obedece la ley del Dios Todopoderoso que dice "Ámame", la viola de inmediato. El pecado es en lo básico una dirección anti-Dios, una perversa infidelidad, la ruptura del pacto en su punto clave (Adán), a partir del cual se origina la perversión de todo lo que el hombre hace.

Los efectos del pecado son severos. Se trata de una poderosa impotencia, una corrupción dinámica que deja como resultado la ruina radical de la naturaleza humana. El pecado troncha al hombre en su raíz, le transforma la existencia (algo que por naturaleza es totalmente dependiente) en existencia orgullosa (¡Yo soy lo que soy por mi mismo!). Si bien el hombre pecador no deja de ser hombre –no pierde su identidad como ser religioso–, la irónica *verdad* es que se priva del fundamento de su ser. La orientación apóstata que resulta de esto amenaza al hombre con la pérdida total de su significado y *valor*, enfrentándolo con un cosmos en desintegración, puesto que el núcleo mismo de su existencia, su señorío como viceroy cuya vida está centrada en Dios, ha sido extraviado. El pecado, o sea ese abrazarse del hombre a aquel poder desintegrador y usurpador llamado "carne" en la Escrituras, es ya en sí un castigo, una necia separación de Dios, algo que transforma nuestra temporalidad que culminará en la alborada del Gran Domingo, en la espantosa mortalidad del hombre, en la Muerte con mayúscula, en un eventual Y permanente abandono por parte de Dios. Entretanto, para el hombre perverso el mundo se va haciendo pesado, muy pesado para sus hombros débiles: quien pensó ser Atlas siente ahora que la alegría del cultivo se le vuelve una carga muy grande o una enervante evasión.

Esta es nuestra condición presente, nuestra realidad histórica: las oportunidades latentes en el cultivable mundo de Dios van siendo develadas por la raza humana, cultivadora nata, en una forma pervertida y desconocedora de Dios. Esto sucede porque los hombres están viciados en su raíz misma y construyen "Babels" autoglorificantes, en lugar de plasmar jardines que honren a Dios.

3. Jesucristo da nuevo foco y nueva vida a la actividad cultural.

De cualquier modo (¡gracias a Dios!), allí están las buenas nuevas: Jesucristo, el Hijo de Dios, fue enviado a morir y se levantó de entre los muertos para salvar al mundo, para conducir a los hombres, para actuar poderosamente por medio de su Espíritu en el corazón de la humanidad apóstata, con el propósito de volver a los escogidos de toda raza hacia Dios, para transformar, por medio de ellos, esta creación convulsionada y sin sentido en

algo significativo. Ciertas criaturas humanas, religiosas y pecadoras son salvadas (sólo Dios sabe quienes no lo son, ya que las apariencias engañan) de sí mismas, al ser arrancadas de cuajo del terreno vedado en el que crecen sin control y en tiempo ajeno (en dinero, fama, sexo, ¡hasta en libros!, según lo afirma el maestro de Eclesiastés), para ser trasplantadas en un nuevo suelo, injertadas en la raíz de la nueva humanidad que es Jesucristo, en su cuerpo, para que puedan llevar fruto agradable al Dios que se ha convertido en su propio Padre. Otras criaturas humanas, también religiosas y pecadoras, permanecen perdidas en algún lugar del desierto, pretendiendo crecer en suelo virgen.

Para estos nuevos hombres Y mujeres, regenerados en Cristo Jesús, hombres y mujeres que de todo corazón aceptan y afirman el penetrante poder de acción de Dios sobre la totalidad de sus vidas: para estos cristianos, repetimos, la cultura se transforma en la respuesta voluntaria y gozosa de comenzar a reunir, a reorganizar, todas las cosas del mundo para Cristo, tarea que Dios ha decidido llevar a una culminación totalizadora cuando llegue el momento oportuno (Efesios 1:10). El objetivo cultural de los seguidores de Cristo es el de "*re-formar*", sacándolo todo de las garras del pecado, es ser usados por el Espíritu Santo para "*trans-formar*" lo que generaciones de hombres infieles han hecho con sus tradiciones, hasta que todo pensamiento o práctica quede "*con-formado*" al señorío de Jesucristo. El objetivo cultural de los seguidores de Cristo es plantar y regar los jardines que él nutre con su raíz, erigir edificios sobre la roca de su fundamento. Es ponerlo todo, desde arrancar hierbas hasta escribir sinfonías, en sujeción a la Palabra de Dios, puesto que todo lo que la creación ofrece le pertenece a él por derecho propio. Esta tarea de juntar, de reunir las riquezas del mundo, viene a ser al mismo tiempo una ofrenda que conforma el verdadero sacrificio vivo de un corazón cautivo, la cual es aceptable al Santo Dios Creador del cielo, del mar y de la tierra.

Si la administración de los almacenes de la creación es la tarea encomendada por Dios al hombre, y si éste debe cumplirla a partir de Jesucristo, por medio de Jesucristo, para ofrendársela a él, aun cuando el tiempo vaya pasando raudamente y el pecado distorsionador busque arruinar sus actos más anhelados, entonces los asuntos y problemas respecto a los objetivos culturales del docente cristiano vienen a caer sobre el tapete. Pero, previamente, hemos de examinar dos enfoques básicos de amplia raigambre con respecto a todo este asunto de la cultura, enfoques que difieren de la perspectiva bíblica que vamos a desarrollar. Empero, haremos esto imparcialmente, si es que deseamos ser precisos con lo que la docencia cristiana involucra.

C. El aislamiento y las propuestas cristianas compartamentalizadas para la cultura: su refutación.

A través de las edades ha habido una persistente línea anticultural dentro de la Iglesia que, no sin razón, ha tenido miedo de la orgullosa sofisticación cultural del mundo y de que sus "pequeños" cayesen seducidos por la ramera del arte, o de la ciencia, o de las costumbres sociales encuadradas dentro del pecado. Una frecuente reacción "cristiana" ante esta tentación cultural, que halaga al hombre y traiciona a Dios, es la de aislarse de tal mundanalidad y rechazar la actividad cultural en la mayor medida posible. Se puede testificar, predicar, hacer obra misionera ante el mundo, pero es anticristiano involucrarse en la ocupación mundanal.

1. Primera pregunta

El antiguo Padre de la Iglesia, Tertuliano, es el más famoso abanderado de dicho cristianismo aislacionista. "¿Qué tiene Atenas que ver con Jerusalén? ¿y qué la Academia (platónica) con la Iglesia? ¿qué tienen que ver los herejes con los cristianos? ... nosotros, a partir de Jesucristo, no tenemos ya necesidad de la curiosidad, ni de la indagación desde que el Evangelio ha llegado" (*Sobre Escrituras Heréticas*, 7). No puedes servir a Dios y a Mammón, por consiguiente, si amas a Dios, abandona a Mammón, al mundo y a todos sus placeres (San Agustín citaría I Juan 2:15-17). Deja que la cultura de nuestro pecaminoso mundo se vaya al diablo, a quien pertenece. Si tu corazón está bien delante de Jesús y tu doctrina teológica es bíblicamente sana, eso es lo que cuenta para la eternidad. Vive según la Biblia, que es todo lo que en realidad necesitas saber, y mantente lejos de manzanas podridas. Es así como el montanista Tertuliano justicieramente apostrofó contra los cosméticos, el cabello teñido y los brazaletes (cf. Isaías 3:16-24). Hasta el matrimonio fue aceptado por él a regañadientes, como algo que distraería la atención del individuo del servicio del Señor, ya que el consideraba los placeres matrimoniales como algo no muy por encima de una fornicación legalizada.

Esta amarga reducción de la vida humana, ¡hecha por la causa de Cristo!, no es otra cosa que una variante cristianizada de un espiritualismo que ya le era familiar al mundo helenístico. El cínico Antístenes, en uno de sus escritos, alaba la elección que Hércules hiciera a favor *de* la ardua senda montañosa de la virtud, prefiriéndola al blando valle del vicio sensual. Una recompensa por la que no se haya luchado heroicamente en aflicción y abnegación no es en realidad una recompensa, ¿o para qué está el cielo entonces? Cuando el puritano Bunyan nos exhorta avanzar como el Peregrino a lo largo del angosto camino que lleva a la Ciudad Celestial, despreciando las Tiendas de Maldad y la Feria de la Vanidad que llevan a la destrucción y al Lago de Fuego, está también demostrando algo de este ascetismo ultramundano y anticultural de que hablamos.

2. Respuesta.

Es cierto que el cristianismo aislacionista ve con más claridad que muchos otros la médula del asunto, que sólo Jesucristo es el camino a la vida eterna, y que toma con la más extrema seriedad el hecho de que Dios no acepta otros dioses delante de sí. Pero el error en que se cae aquí es el de abdicar al señorío del hombre sobre la creación, y el de intentar separarse del pecado en forma local, como si tal cosa fuese posible. El cristianismo aislacionista confunde los dos elementos de la santificación cristiana: purificación ante Dios y transformación de la creación. El cristiano que se aísla quiere purificarse a sí mismo de la creación, como si ésta fuese por naturaleza pecaminosa. Las expresiones del evangelio respecto a la puerta estrecha y al camino ancho no deben ser mal interpretadas, haciéndolas aparecer como una bifurcación en el camino que separa una ruta ascendente de una descendente, puesto, que tal cosa implica una falsa separación del "mundo", definido éste en términos de un lugar, poniendo así y para siempre parte de la creación divina fuera de nuestro alcance. El resultado de esto es la retribución que se cuele por la puerta trasera, ya que uno no puede extirpar el pecado trazando líneas demarcatorias. La Biblia no llama a los cristianos a transitar sobre una línea recta de "haz esto y deja de hacer aquello y andarás seguro" (sin querer con esto significar que se alienta aquí una confraternización indiscriminada con ovejas inicuas y con lobos). La Palabra de Dios ordena al cristiano que sea un hombre marcado, que en agradecimiento se ciña en su accionar a la Escritura, que

sea un morador temporal que aborrece el pecado y que está ocupado en ejercer dominio sobre toda la creación, cumpliendo así con la tarea que su Rey le asignara.

Las Escrituras dicen claramente en Colosenses 2:8 "¡Tengan cuidado! no dejen que alguien los engañe por medio de la filosofía y de la engreída seducción fraguada por la tradición humana, ni que alguien los capture por medio de principios mundanos que suplanten las directivas fundamentales de Cristo". Tal advertencia es reforzada por Pablo en su famoso pasaje de I Corintios 7. Nuestra oportunidad temporal está tan comprimida, que aquéllos que trabajan y cultivan el mundo no deben hacerlo como si todo dependiera de ello, ya que la actividad de dar forma a este mundo tendrá final (vers. 29-31). Es posible que algunos por debilidad necesiten hacerse eunucos culturales para entrar al Reino de los Cielos (Mateo 19:12). No cabe duda que es mejor para un hombre cortar parte de su proyectada actividad cultural, que ser echado al infierno como hombre plenamente activo (cf. Mateo 5:29). No obstante, el mandato del Nuevo Testamento dado al cuerpo de Cristo que trabaja para la venida del Reino de los Cielos, que ora que se haga su voluntad aquí en la tierra como en el cielo, que refuerza el llamado del Antiguo Testamento a dar alabanzas a Jehová, es que debemos negociar nuestros talentos. Puede que tengamos cinco, dos o uno, no importa en realidad cuántos o cuáles sean, lo requerido es que los negociemos como una posesión propia de Dios dada a nosotros en préstamo y en arriendo, hasta que él regrese a bendecir o maldecir la obra de nuestras manos (cf. Mateo 25:14-30).

3. *Segunda pregunta.*

Siempre ha habido también un segmento respetable de la Iglesia que ha profesado que sin duda "Cristo debe tener la preeminencia", pero que "nosotros también estamos en el mundo". Tal enfoque "cristiano" ha rehusado, con todo derecho, adoptar cabal e indiscriminadamente la cultura no-cristiana. Sin embargo, se ha equivocado al estar dispuesto a honrarla junto con los intentos culturales cristianos. Los que así piensan la aceptan como una cultura legítima por derecho propio, incompleta, no cabe duda, necesitada del toque final, pero como algo que deben usar y adoptar cautelosamente a sus propósitos, usando lo que haya de bueno en la obra del incrédulo. La fusión de la fe cristiana con las buenas ideas y productos no nativos al evangelio de Jesucristo es cosa correcta, dijo el gran Agustín en sus últimos años, al exegétizar en forma alegórica las Escrituras. Así como los israelitas, en obediencia al mandato de Dios, le sacaron el oro y la plata partir, así deberíamos nosotros quitarle a los egipcios al incrédulos cualquier gema de verdad, belleza y bondad que posean, y adaptarla a la gloria de Dios.

El trasfondo histórico de este enfoque compartamentalizado y acomodaticio es la obra del Aristóteles tardío, que propuso la existencia de un ámbito sensorial de la física debajo del ámbito suprasensorial de la metafísica. Tomás de Aquino modificó a Aristóteles, proponiendo un elemento de *recta ratio* puramente natural, común a todos los hombres, como requisito previo -autónomo y útil como preparación-, para el ámbito más elevado y adicional de la actividad y pensamiento humano enmarcados por la dupla Iglesia-fe. Hay un ámbito del bien natural, secular y civil, por sobre el cual está el ámbito específicamente cristiano, relacionado con la Iglesia, y que abarca los asuntos sacros en los cuales la gracia "sobrenatural" de Dios abunda. El mundo de la cultura puede ser relativamente bueno, y uno puede disfrutar del mismo, siempre y cuando nadie sea llevado por el mal camino, sino que termine a las puertas de la Iglesia.

4. *Respuesta.*

Este plausible arreglo y enfoque de la vida y de la cultura no es aceptable para el tipo de compromiso cristiano, evangélico y enraizado en la Reforma que queremos presentar. El compromiso de que hablamos afirma que todo lo hombre hace procede de su compromiso de fe, ya sea para cori para con algún "ídolo", y que todo lo que un cristiano haga debería estar sujeto a su compromiso cristiano, a su "decirle sí" a Dios. Esto debe ser así, porque el celoso Dios que se manifestó en Jesucristo demanda una rendición completa, una capitulación total e incondicional de todo lo que el hombre es, siempre que este desee ser uno de los suyos, un miembro del Cuerpo de Cristo, una persona de Cristo. El cristianismo compartamentalizado deforma la oposición que la Escritura establece entre la gracia y el pecado, transformándola en la combinación gracia-naturaleza. Esto oscurece el carácter radical del pecado, y por ende la triunfante suficiencia de la gracia de Dios en la totalidad de la creación. La revelación divina no muestra a la humanidad moviéndose "naturalmente" hacia la gracia, sino que dice que muchos se encuentran desvalidos y/o voluntariamente perdidos en el pecado (*civitates mundi*). También afirma que algunos, rebasados por la gracia, sorprendidos por el gozo, están viviendo en forma total, si bien en debilidad, en gratitud ante él (*civitates Dei*). La Biblia no pide a los cristianos que den de lo suyo a Dios y al mundo sobre la base de un porcentaje comparativo, digamos un 10% para Dios y un 90% para el resto, cosa que vendría a ser algo así como una esquizofrenia cristiana. Este enfoque compartamentalizado apresura la pérdida del sentido de vocación dentro de la comunidad cristiana, secularizándola, como si hubiere algunos santos profesionales y el resto, la mayoría de nosotros que estamos culturalmente interesados y que somos bastante buenos, pudiéramos quedarnos meneando nuestros pecaminosos rabos. Por el contrario, la Biblia ordena al hombre dar le todo a Dios por su bendición, para que el hombre quede capacitado para consagrar todo lo que es hecho en el mundo.

Es cierto que los incrédulos han demostrado gran dominio del mundo. Este hecho es con frecuencia, debido a pereza intelectual, descrito y alabado con el término de "Gracia Común", con el resultado de que la necesidad de tener objetivos culturales cristianos queda mellada.

Permítannos por el momento decirles sólo esto: la "Gracia Común" describe en forma correcta la realidad de que después de la caída las estructuras de la creación, en las cuales las criaturas continuaron viviendo, moviéndose y encontrando su significado, no se volvieron anti-Dios, sino que permanecieron íntegramente válidas. Por ejemplo, después de la caída, la diferencia entre el hombre y la mujer permaneció en vigor, lo que fue bueno. Las leyes de movimiento, crecimiento, sentimiento, trabajo y cosas semejantes. El mandamiento de Dios al pensamiento, persistieron, y esto también fue bueno. El hombre de que lo amase continuó siendo santo después de la caída. Lo que el pecado cambió fue la respuesta humana a Dios, es relaciones matrimoniales concretas, los hechos de decir, las movimiento, crecimiento, sentimiento, pensamiento, el trabajo y cosas semejantes. No debe entonces haber una antítesis entre los hombres salvos y el mundo creado, puesto que Dios lo ha conservado misericordiosamente, aunque esté lleno de pecado. Al contrario, puesto que los pecadores pueden transformar lo que Dios ha preservado en su misericordia en una *des-gracia* común, los hombres salvos ponen la gracia salvífica de Dios que obra en sus vidas a accionar directamente sobre todo lo que Dios ha conservado, para poder así desarrollarlo real y positivamente en una forma que le sea agradable. El pueden vivir,

moverse (tienen hecho de que hacerlo) los no-creyentes y desarrollarse culturalmente dentro de las ordenanzas de la creación que han sido preservadas,¹ no autoriza al cristiano regenerado a darse por satisfecho con esta cultura de gracia común cristianizada. Si lo hace así, niega entonces que él tiene las buenas nuevas que pueden corregir en forma radical lo que el pecado ha torcido, lo que los incrédulos van prostituyendo, por más honrosamente que lo hagan. Un comportamiento así por parte del cristiano, equivaldría a vender su primogenitura de creyente, su derecho a ser el legítimo rector del desarrollo de la creación, al no mostrar la luz que aportan las Escrituras para la re-creación temporal y la salvación eterna. El hecho de que "la tierra es del Señor y que todo lo que la llena es suyo" (Salmo 24:1) es un reconocimiento ausente en la cultura no-cristiana, un descubrimiento deformado en la cultura secular post-cristiana y un compromiso que no puede ser satisfactoriamente anexado, circunscrito o aplicado como una capa de barniz sobre un objeto concebido sin él mismo, puesto que el Señor es un Dios celoso.

Nuestra vocación bíblica es esta: "Ya sea que coman o beban, o hagan cualquier otra cosa, háganlo todo para la gloria de Dios" (1 Corintios 10:31), demostrando así su presencia. Y como Pablo vuelve a decir en Romanos: "Todas las cosas son de él, y por él, y para él: a él sea dada la gloria por siempre, ¡jamén! Por lo tanto hermanos, recordando las misericordias de Dios, presenten sus cuerpos como un sacrificio santo y vivo, agradable a Dios, se los ruego, ya que él es vuestro culto lógico. No se conformen a este mundo. Por la reforma de sus mentes sean tan cambiados que todos discernan cuál es la buena, satisfecha y cabal voluntad de Dios" (Romanos 11:36 a 12:2), cumplamos de este modo con nuestro papel en este *theatrum Dei*.

Por ser hombres no podemos evitar estar culturalmente ocupados. Dado que este mundo es de nuestro Padre, el cultivo del mismo debe demostrar que le amamos y que reconocemos que todo le pertenece. A continuación esperamos tomar esta dirección bíblica y cristiana en forma positiva, y comenzar a sugerir en qué forma la misma es especialmente aplicable a nosotros, los docentes.

¹ N. del A.: La medida en que lo hacen les da la apariencia de cristianos, puesto que actúan en forma ordenada e ignorantemente descubren secretos de la creación, llegando así a los tropiezos y por la gracia de Dios, a un significativo control de nuestro mundo.

SEGUNDA PARTE
LA VOCACION PROFETICA INHERENTE A LA DOCENCIA CRISTIANA:
DAR A CONOCER LA VERDAD DIVINA EN AMOR

Continuando nuestra investigación de los "Objetivos culturales para el docente cristiano", leeremos un pasaje de las Escrituras que es sorprendente y a la vez muy pertinente. Añadiremos al mismo, con alguna adaptación, las palabras, también de Pablo, cuando ora por los cristianos filipenses. Esta lectura tiene que hacerse, teniendo en mente el trasfondo provisto en las páginas anteriores respecto a lo transitorio del pulso de la creación que Dios ordena cultivar, y la forma como el cristianismo aislacionista y el cristianismo compartamentalizado concebían esta tarea cultural. He aquí la Palabra de Dios:

"El Espíritu dice en forma explícita que en los tiempos cercanos al fin algunos desertarán de la fe y se aferrarán a espíritus engañosos y a enseñanzas espiritualistas, debido a que falaces oradores, cuyas propias conciencias rebalsan de sentimientos de culpabilidad, prohibirán el matrimonio y -con la más pía de las expresiones- prevendrán a otros de comer -ciertas carnes. Pero estas son cosas que Dios ha creado para que aquéllos que creen y que conocen la verdad íntimamente participen de ellas con acción de gracias. Toda creación de Dios es buena y no debe ser rechazada si puede ser recibida con una gozosa acción de gracias, porque entonces la misma es santificada por la Palabra de Dios y la oración. Serás un buen ministro de Jesucristo si recuerdas a tus hermanos en la fe estas cosas, educándolos con palabras de fe y con la sana doctrina que tú mismo has seguido con tanta dedicación. Pero trata de alejarlos de fábulas necias y profanas. Ejercítate en la devoción a Dios, un poco de ejercicio físico también tiene su utilidad, pero la devoción a Dios es de muy grande valor, puesto que trae una bendición para esta vida presente y ofrece una promesa de vida venidera" (I Timoteo 4:1-8).

"Pido esto en oración: fluya tu amor hasta derramarse en (tu) conocimiento, y en toda percepción, en forma creciente para que puedas discernir lo que es realmente excelente y (para que puedas ser) de una sola mente e irreprochable hasta el Día de Cristo, plétórico de acciones de justicia por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios" (Filipenses 1:9-11).

La revelación escrita deja en claro que la sincera profesión que Pablo hiciera de proclamar la Palabra de Dios sin retórica ambiciosa y de no saber nada, salvo Jesucristo crucificado (1 Corintios 2:1-2), no quiere decir que él les está pidiendo a los santos que se replieguen de un modo espiritualista del goce y del dominio de toda la creación. La revelación bíblica habla con claridad en contra de que el creyente se dé a la indulgencia en cosas no consagradas (¡seculares!), y requiere que el amor de Dios que poseemos vaya afectando cada vez más toda sensación (*aisthesis*), para que podamos de todo corazón dar alabanzas, alabando a Dios hasta el Día Final.

Esto hace que comencemos a examinar en forma positiva nuestra tarea, nuestro rol como creyentes bíblicos en este teatro de la acción de nuestro Padre, Año del Señor. También deberíamos señalar con precisión cuál debe ser la señal distintiva de la enseñanza cristiana, si es que la hay. A continuación traeremos a cuentas el asunto de la filosofía cristiana como

parte integral, tanto de la docencia cristiana como de nuestros objetivos culturales. Por último, trataremos de aclarar, por medio de una ilustración, uno de los mayores objetivos culturales que persigue la docencia cristiana al cumplir su llamado profético de dar a conocer la voluntad de Dios al pueblo.

A. El oficio del creyente: afirmar en forma concreta la Palabra de Dios en la historia

El famoso Catecismo de Heidelberg hace la siguiente pregunta: "¿Por qué eres tú llamado cristiano?". Y la respuesta (No. 32) dice así: "Porque por la fe soy miembro de Cristo y, por consiguiente, participante de su unción como profeta, sacerdote y rey, a fin de que dé testimonio de su nombre y me ofrezca a él en vivo sacrificio de gratitud, pugne en esta vida con libre conciencia contra el pecado y el diablo y reine con él sobre todas las criaturas en la eternidad." Para el hombre, ser cristiano ("de Cristo") significa recibir sobre sus hombros el "vestido de boda" de la profecía, del sacerdocio y de la autoridad real, es decir, ser designado y calificado por el Espíritu Santo para actuar y pensar, hablar y enseñar!, en nombre de Jesucristo, el gran Maestro, el Sumo Sacerdote y Señor, ante cuyo estrado todas las cosas serán presentadas. El creyente cristiano tiene como cargo, como oficio humano, ser quien desarrolla, quien da crecimiento en forma responsable al universo, bajo el poder y la dirección de la Palabra del Dios vivo. Es precisamente esa Palabra la que es tarea y gozo del creyente confesar, en el espíritu de Pentecostés, en toda su riqueza formativa y en la medida de sus talentos.

La maravillosa Palabra ley divina delimita toda actividad que sus criaturas ejecuten. Esta Palabra de Dios, la Verdad, que unifica toda vida humana y que sitúa a los hombres correctamente en el mundo, es el sumario de la ley de Dios, encarnado plenamente en Jesucristo: "Ámame por sobre todas las cosas, con todo tu corazón, alma, mente y fuerza, y a tu prójimo como a ti mismo" (Marcos 12:30-31). Dios mismo no cae bajo tal ley, él la promulga. *Dios legibus solutus est, sed non exlex* quiere decir que Dios está sustentando la ley, manteniendo el mandamiento del amor con justicia, sin acepción de personas, y airándose contra el pecado cometido. Asimismo Dios confirma el mandamiento del amor, al enviar fielmente a su Hijo, nuestro mediador, para perdonar con misericordia el pecado. Este Dios de ira y gracia es digno de confianza, es el Dios del pacto, que usa este santo y soberano mandamiento, como dijera Lutero, para enseñar a los hombres su miseria, para llevarlo a uno a Cristo ya disciplinado (Gálatas 3:24) y, como añadiera Calvino, para estimular la gratitud en nuestros corazones, ya que dicho mandamiento ha sido cumplido a favor nuestro en Cristo, con el propósito de que podamos responder libremente a las pautas del mismo en nuestra tarea de dirigir el tráfico de la creación.

Las palabras, las ordenanzas, las leyes estructurales y estructuradoras que él ha impuesto a la creación para el cumplimiento de su bendito plan, proceden directamente de la boca misma de Dios. Estas leyes que el salmista se gozaba en estudiar, estas obras maravillosas casi demasiado portentosas para ser comprendidas: los movimientos de los cuerpos celestes, la inclinación religiosa del hombre, la diferencia sexual de las criaturas, el proceso de maduración de todas las cosas que crecen o se arrastran, las muchas y escogidas formas en que las criaturas operan. Todas estas leyes de Dios que no pueden ser violadas, evadidas o anuladas, no colocan a la creación en contra del mandato (el "Ámame") de Dios, sino

que, por el contrario, encuentran su culminación de alabanza, su ¡"aleluya"! en él mismo. Las múltiples leyes incorporadas a la creación, y que no fallarán hasta el Día Final -leyes en cuyo marco todas las cosas funcionan-, encuentran su coherencia en la Palabra de Dios que las estableció para que se cumplieren, concretamente, en alabanza a su nombre. Esta es la dinámica de nuestra existencia temporal: que *la* realidad íntegramente creada y estructurada por Dios puede ser extendida en obediencia a su foco natural, Jesucristo, o transgredida, algo que lleva hacia el desbaratamiento del hombre, de la sociedad y de todo lo creado en general. La homosexualidad, el lavado de cerebro, la pelea de gallos, el uso de drogas que corta o corrompe procesos saludables, no son meras perversiones de una "naturaleza" que no tiene conexión con Jesucristo, sino que son perversiones de la Santa Palabra-ley de Dios para el desarrollo de las criaturas. Es aquí donde entra el oficio peculiar al hombre, su oficio cultural.

El oficio cultural del hombre es el formular el mandamiento clave de Dios, el AMAME de Dios, en imperativos para la vida. Con el término "oficio" quiero expresar la posición de autoridad que el hombre ejercita en una relación especial y determinada, autoridad que le es concedida por Dios. Las personas que cumplen "oficios" eclesiásticos tales como ancianos, diáconos y obispos, si bien son de algún modo elegidos por los hombres, reciben su autoridad pastoral del Señor de la Iglesia. Los hombres que acceden a "oficios" políticos por medio de elecciones, fraudulentas o no, asumen su autoridad respectiva, no por la voluntad del pueblo (como muchos de los votantes piensan) o por su propia habilidad, sino por delegación del Juez Supremo, Dios. Los padres merecen la honra de los hijos, no porque ellos los hayan engendrado, sino porque Dios les ha conferido el "oficio" paternal. El hombre puede tener todo tipo de "oficios". También puede ver su "oficio" revocado: el ministro puede ser expulsado por herejía, el político interdicto por injusticia, o el padre declarado no apto como custodio por deserción. Y no es asunto de poca monta ante los ojos de Dios haber desatado en la tierra aquello que había sido atado en forma oficial en los cielos.

El amplio oficio cultural con el cual Dios en su gracia ha capacitado al hombre no es como el de los ángeles, quienes voluntariamente llevan a cabo los "pedidos" directos de Dios, en forma casi automática y hasta en su más mínimo detalle. El oficio cultural del hombre trae consigo la gloria de ser un embajador, un representante de Dios que está en pacto con él como lo está un hijo con su padre, a efectos de aplicar el mandamiento del amor de Dios en las situaciones concretas de este mundo delimitado por el tiempo, por la ley. Este oficio cultural no puede ser rechazado, como podría uno hacerlo con el de presbítero, estadista o padre. En consecuencia, el hombre debe tratar de expresar (o rehusar hacerlo para su condenación) lo que la ley de amor torna imperativo, aquí y ahora, en nuestro mundo perturbado por la iniquidad: tal es su *oficio cultural*.

El misionero, por ejemplo, debe decidir cuál debe ser ante los ojos de Dios el proceder ético de un mahometano convertido que tiene cuatro esposas. Enfrenta así serias disyuntivas: ¿vive este mahometano continuamente en pecado si permanece con ellas? ¿o es que se trata aquí de una oportunidad poco usual de acrecentar la escuela dominical? ¿o se dirá a los hijos de tal persona que tomen sólo tres mujeres, a los hijos de éstos sólo dos, y a los hijos de estos últimos sólo una, moviéndolos gradualmente y a su debido tiempo hacia lo que las Escrituras requieren? ¿o qué otra cosa les podría decir?

El funcionario político debe declarar si es justo a la luz de la ley de Dios que el estado asuma, en caso de algún desastre cívico, tareas que no son, en lo habitual, aquellas del gobierno.

El padre creyente debe expresar ante sus hijos, en espíritu de oración, que la Palabra de Dios que dice: "Ámame por sobre todo y a tu prójimo como a ti mismo", significa literalmente eso respecto a los antojos y tabúes sociales en boga.

Todas estas clases de imperativos que los hombres manifiestan en sus diversos oficios son afirmaciones disciplinarias, educacionales y relativas, formuladas por aquéllos que luchan a favor o en contra de darle carne y sangre al esqueleto de las ordenanzas de la ley de Dios, a la luz de su imperiosa Palabra. Si los imperativos propuestos para el idioma, el arte, el pensamiento, las prácticas higiénicas y las actividades emocionales (o lo que fuere) son deficientemente propuestas por los cristianos, entonces el pueblo de Dios y todos aquéllos que caen bajo la influencia de tales normas sufrirán. Toda profesión ejercida por un creyente trae consigo la tarea de guiar en forma oficial a otros en dicha área (I Corintios 12).

Cuando los imperativos manifiestan una verdadera percepción, competencia y sabiduría bíblica, los muchos que lo siguen serán bendecidos. Este es el impacto total que tiene el mandato cultural entregado al creyente. Este mandato encierra una terrible responsabilidad. Dado que la meta principal del hombre es glorificar a Dios y disfrutar de él para siempre, cada cristiano debe predicar, enseñar y expresar concretamente la totalidad del evangelio, las buenas nuevas de la ley de Dios cumplida en Jesucristo, caminando con humildad ante él en una forma que enriquezca todas las áreas de la vida con su gracia.

No un "biblicismo", sino el espíritu evangélico de la Reforma debe impregnar la vocación cristiana. Uno debe cuidarse de no simplificar las cosas más allá de lo permisible. No nos es permitido leer a prisa que "ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, varón ni mujer" (Gálatas 3:28), combinar esto con la parábola del Buen Samaritano, y decir: "Bien, procedamos ya con la integración de las razas, así como la conciben los líderes seculares de los movimientos a favor de los derechos humanos". Tampoco es la conversación de Jesús con el joven rico un prototipo para la obra misionera entre los jóvenes hombres de empresa. ¿Podemos acaso transformar el ideal de "dar la otra mejilla", que aparece en el Sermón del Monte, en un manifiesto para el pacifismo político sin maltratar la Palabra de Dios? Ningún tipo de análisis "biblicista", ni de aplicación forzada y simplista de las Escrituras, nos es permitido. Esto no quiere decir que la Biblia no nos dé directivas bien definidas a los que vivimos en el siglo XX. La verdad es que el oficio cultural del creyente implica una seria lucha con los elementos imponderables, un contender en el Espíritu, un escrutinio de las Escrituras junto con otros creyentes ocupados en los mismos problemas, no con el afán de buscar respuestas trilladas en la Biblia, sino de escuchar juntos el mensaje de la revelación. Notemos que se trata de un mensaje que redarguye a los líderes de su propio pecado, de su necesidad de arrepentirse y de reformarse, hasta que, poco a poco, vayan logrando una torna de conciencia comunitaria, dúctil y santificada, a partir de la cual puedan actuar en temor y- temblor, con fe y amor, en la esperanza que el liderazgo que ellos ejercen a sus diversos roles se conforme a la voluntad revelada de Dios.

Los discípulos de Cristo no se vuelven inmediatamente perfectos al pasar a pertenecer a él. Sin embargo, a pesar del peligro implicado en el poco conocimiento, en la pereza o en la escandalosa hipocresía de cualquier creyente, el mismo está -¡he aquí la maravilla tremenda de la con-versión!- misericordiosamente injertado en Cristo. La salvación es el giro que Dios hace dar a los hombres para colocar los a su servicio, un giro ya efectuado, pero no consumado aún. Las criaturas pecadoras que han sido trasplantadas deben realizar dicho giro consagrándose a él, aun cuando sea vacilante, hasta que el "Tiempo" sea hecho perfecto y la creación haya recibido su anhelada consumación con el regreso de Jesucristo. El corazón de los cristianos ha sido totalmente reorientado, convertido, puesto en Cristo, pero la re-forma concreta de sus actos lleva tiempo y se retrasa por la inconstancia del mismo. Sin embargo, a medida que estos retoños de la vida eterna crecen, la obediencia al mandamiento central del amor se va tornando más habitual, ya que el Espíritu Santo va tornando más y más control sobre los "miembros" de ellos. Es así como crecemos en una percepción más íntegra y más afectada por la gracia.

La complejidad de los problemas de la creación y lo incompleto de la consagración de los creyentes no deben desviarnos de nuestro llamado específico. Debemos tratar de traducir nuestra dependencia y nuestra lealtad en un servicio histórico al Dios Todopoderoso, que sea específico, comprensivo y significativo. Esto debemos hacerla teniendo siempre en mente que sólo los hombres que actúan así, a partir de una gratitud cabal a él por haber sido incorporados al cuerpo de Cristo, son buenos mayordomos del oficio y de los dones que les han sido confiados, y permanecen fieles al pacto con Jehová Dios. Es este espíritu evangélico, reformacional (*reformata reformanda est*), el que es promovido por Pablo cuando dice a Timoteo que nada de lo que hay en la creación es secular, sino que todo es bueno, ¡santo!, ¡sagrado!, si es que somos capaces de recibirlo con acción de gracias y de mantenerlo en el contexto de un testimonio efectivo a la gloria de Dios. En definitiva, es este espíritu, este modo de sentir, el que nos ofrece a nosotros, los maestros, una sana dirección bíblica. Si lo tenemos no sobreestimaremos el efecto del pecado sobre el mundo, rechazando todos los ámbitos no eclesiásticos como no importantes para Dios. No desestimaremos tampoco la perversión que el pecado ha causado en el mundo y su cultura, para caer en el error de tratar de añadir algunos toques cristianos aquí y allá. Lo que veremos es que cualquier cosa que llevemos a cabo con dedicación, y en la medida de nuestras plenas capacidades (sea uno padre, senador o portero), es un servicio a tiempo completo en el Reino de Dios. También nos daremos cuenta, como el transformar la erudición y la educación en algo lleno del Espíritu es vitalmente necesario para el liderazgo de la comunidad cristiana, a lo ancho y largo del mundo.

Esto nos lleva ahora a considerar la naturaleza del oficio docente, y qué es lo que hace que la docencia pueda llegar a ser cristiana.

B. La docencia cristiana como formación de una visión bíblica

Una persona enseña a otra, siempre que le sirve de gula en algo, ya sea en el doblar pañales, cambiar un neumático, entender un poema o trazar el rumbo de un meteoro. Enseñar es el proceso por medio del cual logramos que alguien se abra a maravillas, diferencias o actividades no aprendidas *ni* ejecutadas anteriormente. Enseñar es, en lo básico, ayudar a alguien a hacer distinciones, a sacar a luz los significados de diversas cosas y poder relacionarlos, colocando estas nuevas cosas en el marco de lo que podemos hacer, como

por ejemplo; leer, escribir y aprender aritmética. Nadie es maestro si no tiene alumnos, si carece de alguien que confíe en su dirección, que acepte su gula sobre una base de autoridad, por lo menos en algún grado. La enseñanza es algo que las criaturas mayores ofrecen a las menores, aunque una vigorosa educación, recíproca en su accionar, también va de la generación más joven a la mayor.

La dirección académica sofista y la socrática solo tienen como objetivo "mejorar al individuo" en la sociedad. Es este tipo de enseñanza en un aula el que nos interesa primariamente, la docencia profesional practicada por personas que se distinguen por el hecho de ocuparse en enseñar. Estas personas no "trabajan" en algo, ¡ellas "enseñan"! Por lo menos esa es la extraña impresión que causaron los primeros maestros profesionales de la civilización occidental, aquellos maestros itinerantes y cosmopolitas llamados sofistas, que vivían de su ingenio y de su lengua, que estaban obligados a ser populares para recibir ingresos suficientes para sobrevivir, y quienes, esto es lo importante, instituyeron la educación privada. Su enseñanza era una capacitación deliberadamente práctica; "Nosotros les daremos a ustedes destrezas en ciertas habilidades que les harán progresar en la polis griega, la técnica de la política". La instrucción básica que daban consistía en la oratoria y técnicas de debate, o sea el arte, no necesariamente de determinar la verdad, de convencer a los oyentes en algo específico y particular. "Moldeamos su naturaleza para enfrentar la ocasión de triunfo. ¡Éxito político garantizado o le devolvemos su dinero!" Se trataba de un sistema educativo de poder y de éxito, extraño hasta ese entonces, que arrasó con los novicios menos especializados que intentaban hacer andar el gobierno en base a su noble sangre azul. El cambio que resultó de tal "guianza" sofista ("Haremos lo que haya que hacer y le pondremos a usted donde desea estar, por un precio a convenir") causó el vaciamiento de valores de los líderes atenienses, convirtiéndolos en oportunistas sofisticados, para quienes la anarquía era casi respetable.

El gran maestro Sócrates se opuso a los sofistas, porque consideraba que la enseñanza no consistía en la transferencia de ciertas técnicas, sino en estimular la discusión en el examen argumentado de la vida y en la búsqueda de alguna verdad objetiva. Una vez conocida esta verdad llevaría a la perfección, a la excelencia oculta dentro de cada uno. Enseñar no es poner respuestas predirigidas o métodos y mañas en manos de los jóvenes para corromperlos con un rápido éxito, sugirió Sócrates. Enseñar consiste en ser una partera mental que nunca, en realidad, "enseña" nada, pero que logra incitar la curiosidad en otros individuos, llevándolos a pensar por sí mismos y a conocerse a sí mismos. Tal indagación reflexiva, pensó, tal vez no parezca ser muy práctica, pero a largo plazo será mejor para la sociedad. Es este ángulo desafiante de la dialéctica socrática contra el *statu quo* lo que ha atraído a los intelectuales a través de las edades. ¿No será así, quizás porque apela fundamentalmente a su orgullo?

Figuras del renacimiento como Montaigne se rebelaron contra la fastidiosa pedagogía de la Edad Media, contra la indoctrinación catequética impartida por un Magister Artis en los cerebros de los dóciles discípulos, quienes se dedicaban a compilar libros de texto, a elaborar índices cruzados de máximas aprobadas, a fraccionar distinciones en forma académica miles de veces siempre que hubiese una disputa, pasando así por eruditos. Montaigne (quien hablaba el latín clásico como lengua madre) abogó por los viajes, por la "experiencia", por la participación práctica, como la más apropiada relación maestro-

alumno. Su meta era obtener un caballero de buena cultura que fuera conocedor del mundo como resultado final del proceso educativo, lograr un facsímil contemporáneo del permanente inquiridor y conversacionalista promovido por Sócrates.

Los modernos entusiastas socráticos han abandonado las esquinas de las calles y se han recluido en sus torres de marfil, en las cuales, al menos en los foros filosóficos de la actualidad, "el método correcto de enseñar la filosofía es el de confinarse a las proposiciones de las ciencias, afirmadas con toda la claridad y exactitud posible, dejando al alumno la formulación de sus propias aserciones filosóficas, comprobando, una vez que las haya hecho, que las mismas carecen de sentido" (Russel respecto a Wittgenstein, Introducción a Tractatus). Tal enseñanza, según nuestra experiencia, es el método de la aniquilación que degenera tornándose en un brillante juego de gato y ratón, en detalles minúsculos, o funcionando como rueda de ruleta para el más viciado sicoanálisis no directivo.

La capacitación académica cristiana busca colocar la profesión reflexiva del hombre dentro del marco de la mayordomía ante Dios. La enseñanza cristiana, nos animamos a afirmarlo, no está organizada como una práctica sofista o como una ociosa contemplación Socrática. Es posible que esta doble clasificación abarque la mayor parte de la enseñanza que carece de fibra cristiana. La guianza académica o tiende constantemente hacia una preparación funcional para producir practicantes capacitados, o lleva a una provisión de estímulos para incitar al estudiante a transformarse en un pensador especulativo "de entrecasa", un *honnête homme*, un crítico fino y cortés. Ninguno de estos objetivos cuadra con el oficio de la docencia cristiana.

Esto no significa que la enseñanza cristiana menosprecie la competencia técnica en un campo que sea relevante, o que desprecie la inteligencia aguda y las posiciones argumentadas. Pero sí significa que dicha enseñanza gula a los estudiantes en estos asuntos, teniendo en cuenta que son relativos, relativos en el contexto de prepararlos para toda buena obra (11 Timoteo 3:17) como siervos de Dios. Esto no transforma la enseñanza cristiana en una serie de repeticiones moralizantes, pedanterías catequéticas o asesoramiento sobre la fe personal. Quiere decir, eso sí, que la enseñanza cristiana mira la médula de la "guianza" en el asentamiento de una visión en la que todo descubrimiento debe encuadrarse, formular sus directrices en la que toda pericia nueva y todo trabajo deben ser encausados. Esta visión es ofrecida y captada sutilmente en la enseñanza de cada día.

La educación socrática equivocó el camino del uso de algo que con su agudeza había percibido. Lo equivocó al absolutizarlo y estimar que la educación es un examen agradable, íntimo y comunitario de un cierto asunto por parte de un inquiridor y un contestador, de un líder y un seguidor" de un maestro y un alumno. Es correcto que la enseñanza sea un adiestramiento disciplinado, que profesionales competentes obtengan lo mejor que el alumno puede brindar. Es correcto que haya algo de juego, cierto dramático tira y afloja en el proceso de enseñar y aprender, ya que el conocimiento conseguido debe ser ganado por el estudiante mismo. Sin embargo, la educación concebida según el método socrático trae implícita un bloqueo escéptico, puesto que tiene una disposición fundamental en contra de llevar al estudiante en una dirección definida, y es totalmente incapaz de edificar un cuerpo de conocimientos que crezca hasta formar una tradición que pueda enriquecer a

generaciones posteriores. La educación socrática opta por ser algo provocativo e incompleto, un cuestionamiento experto que es efectuado por los más intelectuales, abandonando así a las masas en manos de los sofistas, por su incapacidad aparente de pensar.

Es sin duda más fácil para los docentes que ejercen las humanidades hacer preguntas que contestarlas. Tememos que el gambito socrático de humildad, apoyado en el cuestionamiento, es muchas veces un hábil tapujo para encubrir una inteligencia perezosa. Esta actitud constituye una irresponsabilidad en la comunidad cristiana, ya que carece de aquello que convierte a la docencia cristiana en un oficio glorioso, como es el ser instrumento del Espíritu Santo para que una vida talentosa se desarrolle en una respuesta definitiva de alabanza, en un ¡aleluya! a Dios. La enseñanza indefinida, no importa cuan estimulante sea el maestro, no forma un hábito cristiano permanente, ni edifica una estructura conceptual, y es la formación de una visión bíblica lo que necesitamos para que la enseñanza sea una enseñanza cristiana.

Moldear la visión del alumno es algo que se hace en forma escolar. La enseñanza cristiana es una empresa de tipo docente, no una predicación. Hay en la enseñanza una "distancia" que no se da en la tarea de ganarse la vida o en el viajar. Hay en ella una suspensión esquemática, una retracción científica en el modo "práctico" de participar. Es en este "anormal" alejamiento académico donde funciona la formación interpretativa, tarea tremendamente comprometida de la enseñanza cristiana. Es en la forma como la matemática es enseñada cual verdad absoluta o como uno de los aspectos del conocimiento teórico humano, la forma como las ideas son lanzadas en fe y a favor de la verdad, o de modo cínico, actitud que coloca el compromiso de fe del niño sobre el filo de la navaja, es allí, decimos, en combate contra los espíritus malignos, tronos y principados, donde el oficio de la docencia cristiana es ejercido o abandonado, donde la verdad es profesada en forma concreta o donde el alumno es soltado al garete. Es allí donde el modelar, donde la pausada orientación y formación de científicos cristianos, de doctores y de líderes, es lograda o perdida, donde los corazones y las mentes de los niños se afirman en el Señor o se trastornan. Sólo cuando el maestro y el alumno, en el proceso mismo de la enseñanza, crecen juntos en el temor del Señor y en la visión de que ambos son siervos de Dios, es posible que el maestro sea el guardián del desenvolvimiento del alumno, y esto en el grado en que ambos van desarrollando conjuntamente una mayordomía honesta sobre algún área del mundo de Dios. Sólo cuando esto ocurre existe una enseñanza cristiana. De esta forma pierde la enseñanza su tendencia a fragmentarse y a transformarse en el cascarón de una mera "capacitación ocupacional" o en la simple capacidad de "pensar sagazmente", porque entonces, ni la capacitación profesional, ni la orientación filosófica son preferencias humanas idólatras, sino que son expresiones complementarias y prácticas de esa visión profética, sustentadora e integradora, provista a los creyentes por el Espíritu Santo. La presencia del Espíritu Santo es necesaria para la formación del modo de ver de la juventud, y debe orarse apasionadamente por ella, puesto que sin esa visión verdadera, el pueblo de Dios perecerá (Proverbios 29:18).

Para que la práctica de tal enseñanza cristiana se mantenga lozana, excitante para el maestro y exigente y ampliadora para el alumno, es bueno que tanto el primero como el segundo confronten la realidad primaria en todo lo posible: los insectos en la biología, los

documentos en la historia, las fuentes originales en la literatura y en la filosofía, etc. La inevitable artificialidad que hay en la tarea escolar no debe ser acentuada con un incremento innecesario de libros de texto, a menos que haya buenas razones para ello. El análisis de material de segunda o tercera mano no es tan saludable para el estudio o para la enseñanza como un encuentro directo con el material original. Las fuentes secundarias son instrumentos disciplinantes válidos, pero su utilización indiscriminada y la aceptación de su problemática harán que el maestro cristiano se vea impedido de obtener un enfoque nuevo y reformador del área de la creación en estudio. Esta sugerencia podrá hacer de la educación un proceso más lento, más "inductivo", pero calará más hondo, abriendo y ampliando la perspectiva del alumno y su dominio del material en estudio, hasta lograr que él pueda expresarse articuladamente sobre lo estudiado, en lugar de repetir apuntes apenas recordados y artificialmente comprimidos y desarrollados. Hay en la madurez, lograda a su debido tiempo, una determinación bíblica no apremiante y de largo alcance, que posiblemente se ajuste con más facilidad al talento de los diversos individuos.

Otro ingrediente natural de la enseñanza cristiana que mencionaremos, aunque sea de paso, es el relativo a la forma como el maestro debe presentar la Gestalt del campo o la unidad a estudiar. El maestro debe presentar la Gestalt del campo que será estudiado, para que el alumno vea la totalidad en un detalle pleno de significación, selectivo y a la vez representativo, para que no se pierda entre fragmentos atomizados, ni quede prisionero de una cháchara grandilocuente y ampulosa que carece de la disciplina del detalle. Lo importante de poder ver toda la configuración del tópico, los horizontes del campo a estudiarse, es que allí en los temas claves de la Gestalt pueden verse mejor y analizarse más críticamente los móviles religiosos que operan en ella. La penetración y rastreo de las fuerzas religiosas que operan en el estudio es un elemento integral de la enseñanza cristiana.

La docencia cristiana no es el único instrumento que Dios utiliza para salvar al mundo. Así como tampoco sólo una Iglesia de entre semana que dispensa la gracia por medio de los sacramentos. Pero el oficio de la docencia cristiana es decididamente una vocación en la que los hombres y las mujeres profetizan e interpretan el mundo junto con otros y para ellos, en la medida en que el Espíritu Santo les va llevando hacia la verdad que liberta a los hombres de sí mismos y que les permite vivir agarrados de la mano de Dios.

A continuación, demostraremos la razón por la cual una filosofía cristiana bien articulada es indispensable para el cumplimiento de la formación cultural que nosotros, los docentes cristianos, impartimos con la autorización de Dios.

C. Naturaleza y necesidad de una filosofía cristiana

La definición de filosofía que una persona propone, tiene en sí una determinada posición filosófica. Por filosofía entendemos "una actividad cognitiva sistemática, sinóptica y científica, cuyos resultados abarcan el análisis de todas las cosas y de todo aspecto de la realidad que puede ser humanamente conocido, en su significado interrelacionado". Por filosofía cristiana entendemos una filosofía cuyas ideas básicas y su sistemática misma son promovidas, dirigidas e iluminadas por la Palabra-revelación bíblica. La filosofía cristiana no es simplemente una filosofía ejercida por cristianos nominales o por el hecho de que quienes la sostienen sean sinceros y bien dispuestos espiritualmente. Es el resultado que se

haya obtenido el que debe ser constatado como cristiano. No es filosofía cristiana una filosofía pagana que haya sido "cristianizada" por medio de la homogenización de varios puntos cristianos en un sistema estructurado sin una orientación bíblica, ni lo es una filosofía secular bautizada pragmáticamente por aspersión e incluida en el servicio del reino, como no lo es una filosofía mitologizada, oscurecida por alguna vaga atracción cuasi-religiosa.

La filosofía cristiana es una teoría falible cuyas ideas claves son dirigidas por la revelación bíblica. Tampoco puede llamarse filosofía cristiana a cualquier logrado sistema teísta que presente la más completa, lógica y coherente red de conocimientos que haya en el mundo. La filosofía cristiana no es "divina", ni está sancionada por el Espíritu Santo como lo están las Escrituras. El pensamiento filosófico cristiano es tan provisional, como puede serlo una teoría sinóptica no cristiana, aunque cabe decir que la filosofía cristiana puede estar más advertida en contra de antinomias que las filosofías no cristianas, evitando así muchos callejones sin salida. La filosofía cristiana no se encuentra totalmente en la Biblia, ya que la Sagrada Escritura no es una filosofía fragmentada que nos permite derivar proposiciones en forma lógica, a partir de ciertos textos bíblicos y luego, cuidadosamente, asociar en forma sistemática dichas derivaciones lógicas a efectos de obtener una filosofía cristiana.

El objeto que la filosofía cristiana toma para su peculiar análisis no es la Sagrada Escritura, sino la realidad en su totalidad, aunque tal análisis es contextualizado por la Biblia.

El aguijón escandalizador de la filosofía cristiana reside en su profesión de que, aun cuando es mera teoría-hipótesis (conocimiento humano históricamente limitado), las ideas filosóficas, cruciales y rectoras para ella misma, son abiertamente buscadas en (incitadas por, afirmadas sobre, cimentadas en) el verdadero *pou sto*, la verdad divinamente revelada y humanamente comprendida. Es por esta razón que un cristiano maduro que no toma las cosas con superficialidad, toma posición a favor de su filosofía (sujeta a la posibilidad de ser corregida) con sinceridad y convencimiento de corazón, porque su falible obra está impulsada por lo que él, en oposición a todas las necedades tolerantes, eclécticas, positivistas y escépticas, sabe y afirma que es la verdad.

Las ideas de que el mundo está enmarcado en forma ordenada dentro del tiempo, que permanece bajo el mandamiento divino, tienen su origen en la verdad revelada de que el mundo es la creación de Dios y que Jesucristo vino a reconciliar a los pecadores con el Padre Eterno, impulsándolos, además, hacia una vida de agradecimiento. En tanto la perspectiva filosófica sugerida por dichas ideas tomadas de la historia bíblica no sea demostrada como errónea, se debe continuar explorando sus implicaciones para todas las ciencias.

Queremos estimularles a que se den cuenta de que una perspectiva filosófica radicalmente cristiana es necesaria, puesto que ningún maestro en ningún campo, ni a nivel alguno, puede evitar una toma de posición respecto a ciertos asuntos filosóficos relevantes. Es de gran importancia que estas decisiones tengan una tendencia filosófica cristiana. Una filosofía, si es que la tenemos, debe estar también sujeta en su totalidad a nuestro compromiso de fe como cristianos.

Los presupuestos y los elementos estructurales de una enseñanza especializada de carácter cristiano, deben provenir de una filosofía bíblicamente cristiana y articulada. Todas las ciencias especiales: las matemáticas, la física, la biología, la psicología, la historiografía, economía política, la crítica literaria, etc., están vertidas en algún molde o perspectiva filosófica. ¿Cómo es que se da esto? La respuesta es sencilla. Toda ciencia operativa, aparte de estar en consulta profesional con las otras ciencias reconocidas, tiene la peculiaridad de que al definir o "delimitar" su propia disciplina, toma para sí misma un campo específico de investigación, y una vez que esta ciencia ya propuesta como teoría comienza a hacer pesar su análisis sobre otras disciplinas y a tratar de decir lo que otras conclusiones implican fuera de su ámbito, entonces tal disciplina está actuando en forma filosófica y enciclopédica, ya que formula y establece su significación interrelacionada con otras áreas del conocimiento.

Cuando una ciencia es enmarcada dentro de una filosofía cristiana, se reconoce que dicho estudio tiene una tarea limitada, si bien integral, dentro del marco de la totalidad de la investigación científica. Tal investigación examina críticamente sus juicios por la ley de la antinomia, admitiendo de buena gana que su análisis especializado, "subjetivo"² en su realización, pero abarcando la creación "objetiva",³ está hecho a las claras dentro de horizontes definitivamente religiosos. Los estudios especializados de carácter cristiano no pueden evitar dar su testimonio en una que otra ocasión, puesto que hay un compromiso religioso que los sustenta. Pero lo que hace que las matemáticas, la estética y la física sean enseñadas en forma cristiana no es la obvia devoción personal que la acompaña, sino el hecho de que el orgullo humano, parte del presente pensamiento científico, ha sido quebrado, logrando que los resultados técnicos que se han obtenido de la ciencia, sean presentados para dar cuerpo a una estructuración comunitaria y cultural de la realidad que se va ejecutando en obediencia al mandato de Dios.

Cuando no hay una filosofía cristiana que dé coherencia a los distintos campos de estudio, aun cuando una confederación de ciertas disciplinas pueden verse favorecidas por razones pragmáticas, "para un mejor funcionamiento", resultará en que la actividad de una escuela o universidad se irá moviendo, en forma inexorable, hacia la condición de un estado absoluto (*ex-cathedra*), para la disciplina de cada quien. Esto conduce al agigantamiento de ciertos planes de estudio y a la tiranía del especialista, al frío caos de células de investigación aisladas, o mutuamente indiferentes. Sólo cuando los químicos se encuentran con una situación explosiva en sus manos, recurren a los sociólogos o a los teólogos. De otro modo no hay ninguna preocupación por lo que sucede en la otra sección del edificio o en la otra facultad. Este tipo de estudio y de enseñanza científica no cristiana, usada también en los grados primarios, reduce con frecuencia su quehacer a un control rutinario de datos esterilizados, a la manipulación o acumulación de observaciones basadas en el método de ensayo, o sea a la mecanización bien ejecutada, pero de poco alcance escritural. Este tipo de

² N. del Ed.: "Subjetivo", es decir, hecho por todo hombre sujeto a la Palabra-ley de Dios para la creación.

³ N. del Ed.: (Véase la nota anterior) El "objeto" no es algo que existe "en sí", o "fuera del sujeto que lo conoce". Ambos, el que conoce y lo conocido fueron sujetos por Dios a su orden divina. En ella sujeto y objeto encuentran tanto su independencia, como su dependencia ~l uno del otro. En otras palabras, no hay una realidad óptica más pura (Platón) "fuera" del sujeto

enseñanza ha perdido la dimensión y visión bíblica del "oficio" del cristiano, ha olvidado de que somos partes necesarias, al igual que los demás, del activo cuerpo cultural de Cristo.

Una filosofía cristiana es simplemente una traducción y articulación académica del modo de ver bíblico, que los docentes cristianos están llamados a presentar ante sus alumnos, visión que debe ser como un pilar de fuego enviado por Dios para guiarlos a través del desierto. La filosofía cristiana no necesita ser expresamente enseñada por el maestro, pero es necesaria para ayudarse a él mismo, para resistir la seducción de la súper-especialización y, en especial, para ayudarlo a expresar ese elemento confesante y profético que tantas veces se extravía en la actividad profesional.

A menos que la totalidad de la creación sea vista y considerada en su conjunto, como un servicio significativo a Dios, y que este conocimiento, con el que nosotros los docentes trabajamos, sea una respuesta profética a su gracia que todo lo transforma, la enseñanza cristiana degenerará en una labor desencantada o en un repliegue apologético.